

HISPANISTAS EMÉRITOS

Los pioneros de la historia de la Guerra Civil

JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO

Bartolomé Bennassar / Maryse Bertrand de Muñoz / Raymond Carr / Ronald Fraser / Gabriel Jackson / Edward Malefakis / Stanley Payne / Hugh Thomas.

Hasta llegar a esta generación de historiadores, el conocimiento extranjero sobre España, los españoles y la historia de España se basaba en dos modelos heredados. El más antiguo, lleno de prejuicios negativos, provenía de la llamada Leyenda Negra: en él aparecía el español como prototipo del fanatismo, la crueldad y la intolerancia ante las minorías religiosas. Dominaba la imagen de Felipe II y sus inquisidores; a ello se había añadido, desde la segunda mitad del XVIII, la decadencia, enmascarada por pompas aristocráticas vanas, de la que se burlaron Montesquieu o Beaumarchais.

El segundo modelo nació con el romanticismo. Con los nuevos vientos filosóficos y estéticos que dominaron en Europa en las décadas centrales del XIX, España, que hacía tiempo había dejado de ser una potencia temible, empezó a ser vista como país de un primitivismo y un apasionamiento simpáticos. No cambiaba la imagen de malas carreteras y pésimas posadas, pero ahora eso no significaba atraso sino fidelidad a la propia identidad. Había bandoleros y guerrilleros carlistas, pero tampoco representaban brutalidad y fanatismo sino desprecio al riesgo o intensidad de creencias religiosas.

Esta segunda imagen se forjó fundamentalmente por viajeros y literatos franceses, pero a ella contribuyeron ingleses como

Lord Byron y un norteamericano como Washington Irving. En aquel marco intelectual se movieron los fundadores del hispanismo literario e histórico, como George Ticknor (para quien España era sobre todo *literatura*, como la India era, para otros colegas suyos de Harvard, *antropología*) o, en historia, William Prescott o Martin Hume, para quienes los grandes temas españoles seguían siendo los Reyes Católicos, Felipe II, la expulsión de los judíos y la Inquisición. Que estas imágenes seguían estando vivas en Estados Unidos en el giro del siglo XIX al XX se demuestra por su utilización política en los grabados satíricos de la guerra de 1898.

Hubo de pasar un cuarto de siglo y la gran crisis del racionalismo progresista que afectó a Occidente en los años de la Primera Guerra Mundial para que se extendiera hacia el mundo británico y norteamericano una tardía visión romántica de España. Llegó con Ernest Hemingway, Havelock Ellis, Waldo Frank o Gerald Brenan. Frente a un Occidente denostado por su capitalismo belicoso y su parlamentarismo inútil, España era, para ellos, el país “virgen”, impoluto, “el único país no contaminado de Occidente”, como escribió Hemingway.

Ése era todavía el ambiente en que se formaron los hispanistas de mediados del siglo XX y fue también el clima mental en el que se entendió la Guerra Civil de 1936-1939. Es lógico que Franco —que encarnaba, para muchos, al Gran Inquisidor de *Don Carlos*— tuviera tan mala prensa, como es lógico

que los anarquistas o revolucionarios españoles —reencarnación de los bandoleros legendarios— suscitaran tantas simpatías. Fue dentro de ese marco conceptual en el que, en parte al menos, escribió Gerald Brenan su *Laberinto español*, libro muy atractivo y de enorme éxito pero cargado de tópicos simpatizantes y, en todo caso, obra de un historiador no profesional. Brenan, que fue para tantos la principal fuente de información sobre la crisis española de los años treinta, seguía afectado por dos rasgos típicos del viejo hispanismo: por un lado, su fuente principal de información era la literatura, pese a que el acontecimiento que quería explicar era político; Brenan era un escritor, por encima de todo, y no es casual que dedicara gran parte de su obra a García Lorca. En segundo lugar, los acontecimientos políticos se explicaban en términos de psicología colectiva; lo cual le hizo cometer enormes *gaffes*, como su predicción, a comienzos de los cuarenta, de que Franco no duraría en el poder porque “la psicología española no admite dictaduras largas”.

El giro que imprimieron a ese ambiente intelectual los historiadores a los que hoy homenajeamos no pudo ser mayor. Si lo vemos con distancia, apreciaremos que estamos ante los fundadores de toda una tradición nueva: la tradición del hispanismo como historia científica. Todos ellos llegaron a la España del franquismo profundo, en los años cincuenta y sesenta, posiblemente cargados con muchos de aquellos tópicos. Querían explicar, sin

duda, las “rarezas” de aquel país que era una excepción en la Europa avanzada y democrática posterior a 1945. Pero para ello no recurrían ya al “carácter” o la “forma de ser” española sino a los antecedentes y factores políticos, económicos, culturales.

Ni se atenían a viejos prejuicios ni entendían España sólo como el país de la literatura ni se conformaban con fuentes secundarias. En vez de recurrir a los relatos de viajeros y obras de ficción, vinieron a los archivos y, con esquemas de científicos sociales, pensaron sobre política o economía, intentando explicar la historia de España en términos asimilables a los de los demás países de su entorno. Su interés, como es natural, se centró en las enormes dificultades que en la sociedad española suscitó el impacto de la modernidad, que acabarían conduciendo, en el siglo XX, a la Guerra Civil y la larga dictadura franquista, los grandes acontecimientos que impresionaron al mundo y que les fascinaban también a ellos. En lugar de confirmar sus prejuicios, lo que querían era racionalizar los problemas. Por eso fueron los fundadores de este gran campo que es hoy la historia de la Guerra Civil.

El hecho de ser extranjeros les dio algunas ventajas. La primera, obvia, que podían escribir y publicar con libertad. La segunda, que veían los problemas ibéricos desde fuera, lo que les hacía adoptar como natural un enfoque comparado y unos modelos explicativos de validez general. Los historiadores españoles, en cambio, demasiado



Gabriel Jackson, Edward Malefakis y Hugh Thomaas

cercanos al tema y carentes de perspectiva, caían con facilidad en la trampa de la “excepcionalidad” española.

Gabriel Jackson, por comenzar por alguien que me es especialmente querido, ya que fue mi profesor en la Universidad de California en San Diego, fue autor de *La Segunda República y la Guerra Civil española*, libro que ha iniciado en estos temas a miles de estudiantes y aficionados a la historia. El interés de Jackson por la España republicana surgió muy pronto, a finales de los cuarenta, al tomar contacto con exiliados españoles en México. Al tratar de la República, Jackson valoró de manera especial la tradición liberal-republicana (de Azaña, Prieto o Negrín) frente a los radicalismos de derecha e izquierda, dominantes durante la guerra, pese a que ambas fases estuvieran íntimamente conectadas en su libro. En artículos de prensa posteriores ha seguido defendiendo esas mismas posiciones, basadas en una pro-

funda ética cívica. Con sus 85 años, hoy Jackson sigue en la brecha, investigando sobre Negrín, cuya biografía proyecta escribir.

Edward Malefakis, profesor sucesivamente en tres grandes universidades norteamericanas, Michigan, Northwestern y Columbia, abrió otro camino crucial con su libro sobre la reforma agraria republicana. Para entender ese problema analizó la situación social y económica y, a partir de ellas, el desarrollo de los acontecimientos políticos de la Segunda República, con lo que acabó proporcionando un cuadro general sobre el quinquenio republicano y un diagnóstico sobre las causas de la guerra. Malefakis tiene además el mérito de ser un experto en historia comparada. España no es para él un caso en absoluto excepcional sino paralelo a todo el sur de Europa, especialmente Portugal, Italia o Grecia, países que conoce muy bien no sólo gracias a sus lecturas sino también a su propia biografía,

como hijo que es de griego emigrado a Estados Unidos. Su verdadero nombre griego no es Eduardo, sino Eleuterio, Lefteris, que en griego significa “libertad”.

Stanley Payne, profesor desde hace varias décadas en Madison, Wisconsin, una de las mejores universidades públicas norteamericanas, fue el primer y más reputado especialista en la Falange, el “fascismo español”, según el calificativo que él mismo utilizó en el título de su libro de comienzos de los sesenta; un libro publicado fuera de España, por Ruedo Ibérico, pero muy difundido en el interior. Escribió más tarde sobre el Ejército en España, el catolicismo, los nacionalismos o el régimen franquista (este último, para mí quizás todavía hoy la mejor síntesis existente sobre este régimen); no hay tema importante de la historia contemporánea de España que Payne no haya, de una forma u otra, abordado en sus libros y artículos. Desde posiciones intelligen-

temente conservadoras, pero no simpatizantes con el franquismo, Payne ha sido muy crítico con la Segunda República, contribuyendo así a mantener viva la polémica sobre un periodo sobre el que nadie puede aún lanzar un juicio definitivo.

Hugh Thomas, hoy Lord Hugh Thomas de Swynnerton, desde una perspectiva igualmente distanciada de republicanos y franquistas, sorprendió al mundo con una abrumadora historia político-militar de la Guerra Civil. También publicado por Ruedo Ibérico en los sesenta, su libro fue el de referencia, casi el único en el que una persona interesada podía poner confianza, por su búsqueda de objetividad y por la enorme acumulación de información. Después de ese libro, Thomas ha demostrado la amplitud de su cultura y de sus intereses con otros volúmenes sobre la Cuba de Castro, la trata de esclavos o la conquista de México. Intentar entender las conflictivas visiones del mundo existentes en las cabezas de

nuestros antepasados, como él ha hecho con Cortés y Moctezuma, es una empresa historiográfica de primer orden.

Bartolomé Bennassar, catedrático también durante varias décadas en una misma universidad, en este caso francesa (Toulouse, la ciudad donde tantos exiliados republicanos encontraron refugio y acabaron arraigando), es sin duda una de las cabezas del hispanismo francés actual. Bennassar comenzó su carrera con *Valladolid en el siglo de Oro*, monumental estudio no sólo sobre Valladolid sino sobre lo que eran las ciudades en el Antiguo Régimen. Más tarde ha demostrado su curiosidad ante otros muchos temas españoles, que se extienden desde el siglo XVI hasta el XX, y ha cultivado también la biografía política, no sólo sobre grandes personajes (como Cortés o don Juan de Austria), sino sobre figuras más oscuras pero más representativas quizás de las duras condiciones en que vivía la mayor parte de la sociedad española, especialmente en la Edad Moderna.

A **Raymond Carr** le debemos, desde su cátedra de Oxford y desde su puesto de director del St. Anthony's College, la fundación de toda una escuela de estudios sobre la España liberal, que ha producido alumnos tan brillantes como Joaquín Romero Maura, José Varela Ortega, Juan Pablo Fusi o Charles Powell. Su libro *Spain 1808-1939* abrió, también a mediados de los sesenta, múltiples perspectivas, sobre todo en el análisis político del periodo. El paso del tiempo ha demostrado lo atinado de sus intuiciones sobre las que se han basado muchos trabajos posteriores, por ejemplo en torno al caciquismo o a las relaciones entre el Ejército y la política. Distanciado de todo determinismo estructural, ha sido un maestro de la historia política, concentrando su atención en la actuación de los protagonistas individuales, a los

que analiza con agudeza e ironía inigualables.

Ronald Fraser fue el pionero de un tipo de historia verdaderamente social, en el sentido de historia popular, desde abajo, con especial atención a las fuentes orales. Hoy consideramos normales sus métodos y la especial relación que impulsó entre la historia y la antropología, pero en aquel momento su libro *Recuérdalo tú y recuérdaselo a otros* fue iluminador y sorprendente para todos. Fraser sigue hoy en plena actividad, como demuestra otro libro suyo reciente, éste sobre la guerra de 1808, de nuevo un intento de historia social para el que ya no puede contar con entrevistas pero en el que utiliza documentos demasiado postergados por historiadores anteriores. Su atención no se centra en la ideología ni en las batallas. Lo que Fraser quiere es comprender las razones del levantamiento, para lo que son decisivas las visiones del mundo y los sentimientos identitarios dominantes en el momento. Los libros de Fraser, tanto el primero como el segundo, pertenecen a esa categoría de obras que uno quisiera ser capaz de escribir.

Maryse Bertrand de Muñoz, catedrática emérita del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Montreal y antigua presidenta de la Asociación de Estudios Canadienses, es la representante, en este homenaje, del estudio de la Guerra Civil desde el ángulo literario. No hace falta recordar el enorme interés que la guerra española de 1936 despertó desde el primer momento entre poetas, novelistas y escritores del mundo entero. Según Bertrand de Muñoz, cuya bibliografía en varios volúmenes sobre el tema constituye una obra de referencia inexcusable, son más de dos mil las novelas publicadas sobre aquellos acontecimientos. Aparte de la narrativa, Bertrand de Muñoz también ha estudiado la poesía, en especial

los romances populares y anónimos surgidos durante o en torno a aquel conflicto. Que el tema sigue vivo entre nosotros se demuestra por la gran cantidad de comunicaciones enviadas a este Congreso sobre la creación literaria y la guerra de 1936.

En esta lista faltan, sin duda, otros nombres. Deberíamos recordar aquí a **Herbert Southworth**, estudioso y coleccionista de libros y documentos sobre la guerra, o a **Pierre Vilar**, y a su discípulo **Manuel Tuñón de Lara**, que dirigieron la investigación sobre estos temas desde Francia y crearon los ambientes que acogieron y formaron a tantos jóvenes historiadores españoles; son, desgraciadamente, autores ya fallecidos, y la decisión del comité organizador ha sido dedicar este homenaje a los hispanistas vivos pero este acto no puede desarrollarse sin dedicarles un recuerdo agradecido.

Nicolás Sánchez Albornoz, al que debemos recordar también, autor de importantísimos trabajos sobre la economía de los siglos XIX y XX, que en definitiva estuvieron en el origen de la Guerra Civil, o a **Juan Linz**, que ha realizado estudios seminales sobre los partidos políticos, la transición y las instituciones democráticas; también en este caso, los organizadores han optado por dedicar esta sesión a los extranjeros.

Concluyo ya. Esta generación de hispanistas a la que homenajeamos hoy le ha hecho un gran favor a la historia, al conocimiento que los humanos tenemos del pasado, arrancando una importante parcela del mundo de los tópicos y prejuicios. Nos lo han hecho, en especial, a los historiadores españoles, o de España, que tanto hemos aprendido de ellos sobre nuestro propio campo de trabajo. Pero se lo han hecho, en general, a todos los españoles, que tan agradecidos debemos estarles por haber difundido una

imagen de España tan diferente a la antes dominante.

Su mejor enseñanza, con todo, puede que no se encierre exactamente en el contenido de sus escritos sobre el pasado español. Reside, para mí, en su actitud intelectual, tan sana, tan dirigida a eliminar preconcepciones, esos miasmas maléficos del historiador. Por eso creo que la tarea inmediata, la tarea que deben proponerse las jóvenes generaciones de historiadores españoles es imitarles, hacer lo que han hecho ellos: o bien escribir sobre otros países, o bien decidirse a entender España (y quien dice España puede decir aquí Cataluña, el País Vasco, Galicia o cualquier otra zona específica) no sólo a la luz de lo aquí ocurrido sino a la luz de los procesos desarrollados en otros lugares, con otros modelos de evolución histórica diferentes pero comparables, posibles e imaginables aquí. Creo firmemente que poseemos ya potencia cultural suficiente como para enfrentarnos con esta tarea. Y que hacer eso, trabajar sobre otros países pero libres de prejuicios, en términos comparados, con métodos y conceptos avalados por otras ciencias sociales, será seguir las huellas de éstos a los que hoy homenajeamos como nuestros maestros. ■

[Laudatio a los hispanistas eméritos, pronunciada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el 28 de noviembre de 2006, en sesión plenaria del Congreso Internacional 'La Guerra Civil Española, 1936-39'].

José Álvarez Junco es catedrático de Historia en la Universidad Complutense. Autor de *El Emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista* y de *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*.